



**SI EL
ZAPATO
TE
QUEDA**

**SI EL
ZAPATO
TE
QUEDA**

JULIE MURPHY

 **Planeta**

CAPÍTULO UNO

—Espera un momento —digo—. Esta vez, deja que yo me siente encima de la maleta mientras tú tratas de cerrarla. De todos modos, soy mucho más pesada que tú.

Sierra estira su brazo con un suspiro y la jalo para ponerla de pie.

—Cin, ya hicimos tres viajes a la oficina de correos para mandar tus zapatos a casa. Por favor no mates al mensajero pero... es posible que tengas que dejar algunos de...

—¡No! ¡Ni te atrevas a decirlo, S! —Me dejo caer sobre la maleta con una mueca de fracaso—. ¿Acaso es un delito amar tanto los zapatos? Sé que suena de lo más materialista, pero cada uno de estos pares de zapatos representa un momento importante para mí. Un par para el que ahorré. Un par que compré para salir en una cita. Uno para una boda. Otro para un funeral... E incluso algunos pares que diseñé yo misma. Los zapatos no solo son una obsesión; son el trabajo de mi vida. O solían serlo, al menos.

Sierra se acuclilla y hace un intento más por cerrar los pestillos de la maleta antes de volver a mirarme, con sus negras cejas fruncidas.

—Dígamelo sin rodeos, doctor —le pido.

—Tres pares —responde—. Si puedes deshacerte de tres pares de zapatos existe la posibilidad de que llegues al aeropuerto a tiempo sin que pierdas tu vuelo. Y antes de que digas ni pío sobre subirte en el siguiente, no puedes pagar los cargos adicionales.

Las palabras «pagar» y «cargos» me hacen decidirme.

—Está bien, está bien. —Me pongo de pie y abro la maleta mientras corro los dedos sobre cada tacón, tenis y alpargata. Sobre cada tira de cuero, listón, adorno y piedra. Cada uno de estos zapatos cuenta una historia. No es como si acabara de entrar a una tienda Saks para comprar mi primer par de tacones Manolo Blahnik a precio completo. Esto son años de búsquedas en ventas de liquidación, en eBay, Poshmark e incluso en Craigslist para encontrarlo todo desde Steve Madden, pasando por LuMac, hasta Gucci. Y algunos de ellos son todavía más preciados que eso. Algunos son únicos. Originales de Cindy.

Le entrego a Sierra mis zapatos de charol rojo con tacón gatito de Kate Spade.

—Son los que más te gustan —le digo—, y la verdad es que debí comprarlos medio número más grandes.

Los aprieta contra su pecho y sus ojos empiezan a brillar.

—No puedo aceptarlos —me responde—, pero lo haré.

Me río y lloro un poco. Cuando papá murió, durante mi último año de preparatoria, no pude imaginar cómo sería mi futuro, ni si tendría algún futuro que siquiera valiera la pena imaginar. Casi dejé de lado venir a Nueva York y solo planeé tomar algunas clases en la escuela técnica hasta que pudiera decidir qué hacer después. Lo único que deseaba era cualquier cosa que me pareciera conocida o que me recordara a papá, pero la única familia que tenía en casa eran mi madrastra y mis hermanastras. Y, después, conocí a Sierra; esta niña espontáneamente genial, proveniente de una enorme familia griega, que podía encontrar algo en común con casi cualquier persona. De no ser por Sierra, jamás hubiera sobrevivido en la ciudad de Nueva York. No creo en el destino, pero, si así fuera, tenerla como compañera de cuarto durante mi primer año de universidad hubiera sido lo más cercano al destino que pudiera imaginar. Ahora, apenas una semana después de nuestra graduación, Sierra es parte de mi familia y es el tipo de familia que yo misma elegí. Según mi padre, la familia que eliges es igual

de importante que aquella en la que naces. Si después de cuatro años en la Escuela de Diseño Parsons, Sierra fue lo mejor que obtuve después de tanto esfuerzo, valió toda la pena del mundo. (Y después del desastre que resultó ser mi último semestre, bien podría ser el caso).

Meto mis chanclas de Balenciaga y mis mocasines favoritos de Target dentro de mi bolso y cierro la maleta. (Oye, no todo es sofisticación).

Una notificación hace vibrar a mi teléfono.

—Llegó mi Lyft. —Respiro hondo y trato de no llorar—. Llegó el momento —le anuncio a Sierra.

La acerco y la aprieto con un fuerte abrazo.

—Te quiero, te quiero, te quiero —decimos las dos, una y otra vez.

—Háblame por FaceTime diario —ordena.

—Dos veces al día —le prometo.

—Y esto no es para siempre, ¿de acuerdo? —me exige con desesperación.

Sierra va a quedarse en Nueva York. Su pasantía se convirtió en un trabajo de medio tiempo como asistente de la asistente de la jefa de compras de ropa deportiva femenina en Macy's. Cuando no está haciendo eso, trabaja como barista para lograr que el dinero le rinda hasta fin de mes. Quizá no parezca mucho, pero son planes más sólidos que los que yo pude concretar mientras caía en picada y apenas lograba llegar a la graduación.

Asiento con mi cabeza enterrada en su hombro, incapaz de decir algo sin echarme a llorar.

—Solo tenemos que pensar en nuestros siguientes pasos. Esto de ser niñera es solo para que logres ponerte de pie. Es temporal.

—Temporal.

Nos volvemos a despedir entre lágrimas después de cargar mi baúl, dos maletas y mi equipaje de mano en el coche y me pongo en camino.

—¿Al aeropuerto JFK? —confirma el conductor, tocando la pantalla de un celular y con otro entre su hombro y su cara.

Le hago la señal de pulgares arriba y nos vamos. Quiero rogarle que vaya más despacio para despedirme de esta ciudad y de todos mis lugares favoritos. La parada 1 del tren en la Calle 28. Mi tienda de abarrotes. El gato de mi tienda de abarrotes. Mi sitio predilecto de pollo peruano. La pantalla gigante afuera del Madison Square Garden, siempre encendida. Mi salón de belleza coreano favorito donde tienen las mejores mascarillas faciales. Pero, de manera similar a los últimos cuatro años, todo pasa volando y, antes de que me dé cuenta, ya estoy esperando abordar mi vuelo con solo treinta minutos de sobra.

Corro al puesto de periódicos de la sala de abordar para comprar algunas revistas, pero lo único que tienen son portadas con diversas Kardashians y Sabrina Parker, de modo que compro tres pequeños globos de nieve para los trillizos y una botella de agua. En la sala de espera para abordar, hay un grupo de hombres vestidos de pantalones y blazers que actúan como si alguien quisiera robarse los asientos de clase ejecutiva si ellos no se sientan allí de inmediato. Mi madrastra, Erica, me mandó dinero suficiente para comprarme un boleto en primera clase. Se suponía que era un regalo de graduación, pero, en lugar de ello, usé el dinero para enviar la mayor parte de mi colección de zapatos de un lado al otro del país. Lo más seguro es que Erica hubiera pagado ese gasto, pero no existe ningún libro de texto sobre cómo cultivar una relación con tu madrastra al mismo tiempo que le pides dinero después de la muerte repentina de tu padre.

Cuando papá murió, pasé seis meses viviendo con mi madrastra y mis hermanastras. Aunque ya nos habíamos mudado a la casa de Erica cuando ella y papá se casaron en el verano anterior a mi último año de secundaria, esos seis meses después de su muerte se sintieron como si me hubieran insertado en la vida de alguien más. Erica y sus hijas, Anna y Drew, sabían cómo existir sin papá. Yo... no. Después de irme a la universidad, Erica

empezó a construir una nueva casa que al fin había completado el año pasado. Ahora, el único sitio que era como un hogar para mí estaba en el departamento que acababa de dejar atrás.

Mi teléfono empieza a sonar y supongo que es Sierra, que ya quiere saber cómo estoy, pero no es así.

—Hola —digo.

—Querida —canturrea Erica—. ¿Tuviste problemas en seguridad? Te apuntamos en el programa de documentación preferente. Estos días, el chequeo previo con la administración federal de transporte está casi igual de lleno que la fila real de la TSA.

—La verdad es que casi no vuelo —respondo.

—Los trillizos están que no caben en sí de la emoción. ¿Puedes creer que van a cumplir cuatro años este verano? Voy a mandar al chofer para que te recoja.

—No hay problema, puedo tomar un Lyft —digo, mientras trato de pasar casi de puntitas junto a un grupo de adolescentes en una excursión escolar—. Con permí... —Me logro mantener de pie unos instantes antes de perder el equilibrio y terminar por sostenerme en el descansabrazos de un total desconocido.

Una mano me detiene del brazo para evitar que me caiga y, cuando levanto la mirada, ya estoy casi sentada sobre el regazo de un tipo que bien podría pasar por el Príncipe Azul. Cabello oscuro y ojos castaños con chispas color ámbar, además de un asomo de tono oliváceo en su piel. Nuestras miradas se cruzan y se congelan por un instante.

—¡Un Lyft! —exclama la voz horrorizada de Erica—. La nueva bahía para vehículos compartidos en el aeropuerto de Los Ángeles es un verdadero desastre. Una genuina regresión en evolución. Insisto en que...

—¿Oye, Erica? Lo siento mucho, pero tengo que colgar.

Vuelvo a ponerme de pie con las mejillas encendidas.

—¡Lo siento muchísimo! —le digo al Príncipe Azul.

Me deslumbra con una sonrisa y sus dientes son tan blancos que podrían ser *photoshopeados*, excepto que esta es la vida real.

—¡Aaah! —finge gritar en voz baja—. ¡No pises la lava!

Frunzo el ceño mientras intento darle sentido a lo que acaba de decir.

Su sonrisa se apaga un poco.

—Ya sabes... lava. ¿Como cuando eras niña y jugabas a que el piso estaba hecho de lava y tenías que brincar de un cojín a otro?

—¡Aaah, ya veo! Sí, entiendo. Supongo que me gustaba mucho más leer, ¿sabes?

—Yo también leo —dice de inmediato.

—¡No, no! ¡No quise decir que no leyeras! —exclamo, en un intento por salvar la situación.

—Grupo A, es momento de abordar —dice la agente de la sala a través de la estática del intercomunicador.

El Príncipe Azul se pone de pie y, por supuesto, también es alto.

—Me llaman. Bueno, con permiso.

Me doy vuelta.

—¡Cuidado con la lava! —exclamo mientras rodea los asientos donde están formados los demás pasajeros de primera clase.

—¿Cuidado con la lava? —me digo a mí misma.

Detrás de mí, el grupo de adolescentes se empieza a reír.

—Qué fina te viste —me dice una chica blanca con su rizado cabello castaño atado en una colita.

—¿Alguien te preguntó? —respondo molesta mientras camino por el pasillo en espera de que anuncien que mi grupo debe abordar. De inmediato, me siento mal por comportarme como una solterona enojada. Niñas adolescentes sarcásticas e interacciones torpes con príncipes azules de carne y hueso. Algunas cosas nunca cambian.

CAPÍTULO DOS

En el instante en que me subo al avión, me arrepiento de no haber optado por primera. Recorro el pasillo caminando de lado para que mis caderas no golpeen a ninguno de los pasajeros de la clase ejecutiva mientras disfrutan de sus bloody marys y sus mimosas. Cuando al fin llego a mi fila, una ancianita se para de su asiento del pasillo mientras levanto mi maleta de mano con un quejido.

Sentado del lado de la ventana está el rey de todos los *bro*s; un tipo blanco, vestido con una camisa polo que tiene el cuello levantado y lentes oscuros con cristales de espejo tan pulidos que puedo ver mi propio desencanto reflejado en ellos. Maravilloso.

—Disculpa —le digo al Rey *Bro*—, pero creo que estás en mi asiento —Pongo mi celular frente a él para que pueda ver mi boleto digital. No se mueve.

—No importa, muñeca, vamos al mismo sitio.

Puedo sentir cómo la fila de pasajeros detrás de mí empieza a perder la paciencia, al igual que yo.

—Así es —le digo en mi mejor voz de maestra de kínder—. Todos vamos al mismo lugar, pero en nuestros asientos designados.

El tipo masculla algo y levanta el descansabrazos mientras se desliza al asiento de en medio. Me veo obligada a contorsionar mi cuerpo por encima del suyo, cosa poco fácil para cualquiera, y mucho menos para una chica de talla grande en una lata de sardinas voladora.

Tomo mi asiento y elevo una plegaria para que el cinturón me quede. Nunca se sabe cuando te subes a un avión. A veces, los cinturones están perfectos, pero hay otras ocasiones en las que podría jurar que las únicas personas en las que estaban pensando los fabricantes eran niños. Por fortuna, logro cerrar el cinturón sin tener que pedirle una extensión a la asistente de vuelo.

Cierro los ojos y aprieto mi cuerpo contra el fuselaje del avión. Voy a dormir durante las seis horas de vuelo o, al menos, voy a fingir que eso hago, porque pienso hablar lo menos posible con el espécimen que está sentado junto a mí.

Sea por agotamiento o por determinación, pierdo el conocimiento durante las dos horas siguientes y, cuando al fin abro los ojos, estamos en algún sitio sobre las enormes praderas del Medio Oeste. Sin embargo, lo que me despierta es el Rey *Bro*, que se levanta para ir al baño.

La mujer en el asiento del pasillo voltea a verme mientras pasa frente a ella e intercambiamos una mirada de hartazgo.

Tomo el breve momento de libertad para meter la mano en mi bolso en busca de unos audífonos y para ver qué tiene que ofrecer el vuelo en términos de entretenimiento.

—Perdón. ¿Señorita? —pregunta una voz conocida.

Levanto la mirada y encuentro a Príncipe Azul, que está tratando de pasarme una de mis chancas de Balenciaga desde el pasillo. Baja la mirada y se dirige a la mujer del asiento del pasillo.

—Disculpe que estire el brazo frente a usted —Y después vuelve a hablarme—. Creo que quizá la perdiste durante nuestro anterior... embrollo.

No puedo evitar soltar un resoplido.

—Conque un «embrollo», ¿eh?

Él sonríe.

—Veo muchos programas de época.

—Ah, vaya. ¿Y eres fanático de *Downton Abbey* o *Poldark* se acerca más a tus preferencias?

—Pues, ahora que lo preguntas, soy entusiasta apasionado de *La muerte llega a Pemberley*.

—Ya veo. Lo que pasa es que eres una anciana.

La mujer del asiento del pasillo voltea a verme con los ojos entrecerrados.

—¡Lo cual no tiene nada de malo! —digo con un volumen un poco alto e inmediatamente después doy las gracias por el fuerte rugido del avión. En ese momento regresa el Rey *Bro*. Ve a Príncipe Azul y echa sus hombros hacia atrás al tiempo que abre las aletas de su nariz. Los hombres de ese tipo son una especie con la que no tengo interés en relacionarme.

—Hola, qué tal —dice Príncipe Azul.

Rey *Bro* levanta más la barbilla.

—Qué onda.

Príncipe Azul señala el asiento de en medio.

—¿Ese es tu asiento?

Rey *Bro* asiente una sola vez y me sorprende que no se golpee el pecho para proteger su territorio.

—¿Te interesaría cambiar de lugar? —Príncipe Azul señala hacia la sección de adelante—. Estoy justo en el asiento del pasillo... y tiene espacio de sobra para estirar las piernas.

Rey *Bro* se me queda viendo.

—¿Este tipo te está molestando?

No puedo evitar soltar una risa.

—Eeh, no, para nada.

Rey *Bro* observa a Príncipe Azul con los ojos entrecerrados y entonces él le devuelve una enorme sonrisa; de esas que funcionan con todo el mundo.

—Solo quiero ponerme al corriente con una vieja amiga.

Rey *Bro* ríe abiertamente.

—¡Ya veo, *bro*! Entonces, ¡me quito de en medio! Compermisito —dice mientras se estira por encima de la mujer del pasillo. Voltea a verme un instante—. ¡Lo siento, nena! ¡La primera clase me llama!

El «compermisito» hizo que me cayera bien, pero lo arruinó al decirme nena.

Después de un rápido intercambio de equipaje, Príncipe Azul se sienta junto a mí y mi mente empieza a volverse loca con todas las formas en que mis enormes caderas podrían estorbar su espacio.

—Si quieres, puedo bajar el descansabrazos —le digo al tiempo que empiezo a imaginarme el moretón que eso va a dejar en mi muslo.

—Nah, no es necesario, estoy perfecto. —Baja la mano y empieza a hurgar debajo de su asiento con una expresión pensativa en el rostro.

—¿Todo bien por allí?

Una expresión avergonzada cruza su rostro.

—Es que... Estaba verificando si había un chaleco salvavidas.

Me acerco un poco y susurro:

—Sabes que estamos volando sobre un continente ininterrumpido, ¿verdad?

—Podríamos caer en un lago —me dice con enorme seriedad—. O en un río. Un río muy muy grande. Nunca se sabe.

Levanto las palmas de las manos.

—Cierto es.

—No soy tan paranoico —dice de manera defensiva—. Solo quiero estar preparado.

Con rapidez, reviso debajo de mi propio asiento.

—Todo en orden por aquí, capitán.

—¡Ufff! Y si piensas que esto es exagerado de mi parte, deberías de verme en un helicóptero. Preferiría estar desnudo en un pozo lleno de alacranes.

—Una imagen de lo más... gráfica —respondo, incapaz de ignorar el rubor de mis mejillas al imaginarlo desnudo.

—Es que, ¿quién demonios querría volar en un helicóptero? Si la hélice falla, estás muerto.

—Son como las motocicletas del aire —digo, provocándolo un poco.

—¡Exacto! Gracias. Bueno, ahora que conoces mi más profundo temor, puedo confiar en ti para que me ayudes con la mascarilla de emergencia cuando llegue el momento.

—Juro ponerme la mía de manera adecuada para así poder ayudar a todos los niños circundantes, incluyéndote a ti.

—Gracias —Su sonrisa se hace todavía más amplia.

Siento esa sensación extraña que experimentas en el pecho cuando tu sentido del humor coincide de manera perfecta con el de alguien más. Es como buscar por las diferentes estaciones de radio. Estática, estática, estática y después, de repente, clic, y estás en la misma sintonía.

Nos quedamos sentados algunos momentos, en perfecto silencio, mientras miramos las pantallas que se encuentran en el respaldo de los asientos frente a nosotros. Al final, la mujer del pasillo emite un breve resoplido antes de volverse a poner los audífonos y regresar a su crucigrama.

—¿Más espacio para tus piernas? ¿Eso es todo? —le pregunto—. Tienes todo el aspecto de un tipo que vuela en primera clase. —Y es completamente cierto, con su impecable camiseta blanca, jeans oscuros ajustados, chamarra de aviador color verde olivo y un par de tenis de una pequeña marca australiana que está a punto de explotar en el mercado.

—Bueno, ahora que lo mencionas, estaba en clase ejecutiva, pero perdí el vuelo, de modo que tomé el primero que pude.

—No hay nada peor que perder un vuelo —digo con un gemido.

—Esto no está nada mal —replica y se encoge de hombros.

Tengo que obligarme a mantener los labios en línea recta para no sonreír de oreja a oreja como una idiota.

—Y, entonces, ¿qué te hizo perder el vuelo? ¿Tráfico? ¿Cerraron tu calle para filmar un programa de televisión? Llegar hasta el JFK es una travesía heroica.

Se ríe.

—Más bien fue que estaba repensando mi viaje. Estaba considerando posponerlo o cancelarlo.

Suspiro mientras me recargo en el asiento.

—Yo tampoco quería marcharme, pero en realidad no tenía ninguna otra opción en ese momento.

Le da unos golpecitos a su pantalla de manera distraída antes de señalar el logotipo de *Antes de la medianoche*.

—¿Alguna vez has visto este programa?

—Un par de veces —digo, mintiendo de manera desvergonzada.

—¿Sabes? Oí que investigan a los solteros que aparecen en el programa con más cuidado que a los candidatos para la vicepresidencia. —Ve algunas de las diferentes temporadas hasta que llega a la de Tyler Buchanan—. Y sé de cierto que este tipo dejó a la chica que eligió por una de las productoras del programa.

Tengo que apretar los dientes para evitar imitar exactamente lo que Erica diría al respecto: «No puedo confirmar ni negar ninguna de esas acusaciones». Y lo que Príncipe Azul no sabe es que Tyler quedó prendado de un productor, no de una productora.

—¿De veras? —pregunto—. Pues no sé qué tipo de persona cree que realmente podrías encontrar el amor verdadero en un programa de ese tipo, pero al menos sus tonterías terminan siendo entretenidas para el resto de nosotros.

Sonríe con cierta dificultad y suspira.

—Por lo menos sirve de algo.

La azafata se pasea por el pasillo con el carrito de las bebidas y Príncipe Azul pide un whiskey.

—Y lo que sea que quiera la señorita —le dice.

La azafata se arregla el cabello al voltear hacia él.

—Yo estoy perfecta con un ginger ale —digo al tiempo que levanto una mano.

—¿En serio?

—Eeh, bueno, champaña, entonces.

La asistente llena mi copa de plástico hasta arriba y podrá ser champaña de la más barata, pero al menos no se están viendo codos con ella.

Una vez que pasa a la siguiente fila, él levanta su vaso.

—¡Brindo por los vuelos perdidos y por un viaje transcontinental del que podríamos arrepentirnos muy pronto!

Me río y choco mi copa de plástico contra la suya.

—¡Brindemos por... eso!

Durante el resto del viaje, los dos nos ponemos los audífonos. Yo me decido por ver un viejo episodio de *The Office* mientras que él termina eligiendo la película de *Terminator 2*. (No cuenta como acoso si estás sentado nalga contra nalga con alguien en clase turista, ¿de acuerdo?).

Cuando aterrizamos, casi todo el mundo se pone de pie en cuanto se apaga la señal luminosa de tengan puestos los cinturones.

—Hay dos tipos de personas en este mundo —me dice al tiempo que guarda los audífonos en su bolso—. La que se para de inmediato sin importar lo cerca que esté de la puerta de salida y la que espera en su asiento como ser humano civilizado.

—¡Sí! ¡Gracias! —respondo—. ¡Es una de las cosas que más me molesta en el mundo!

Miro hacia las filas delante de mí y veo a Rey *Bro* empujando a todo el mundo con los codos para llegar al pasillo.

—Creo que ya sabemos qué tipo de persona es tu anterior amigo —dice mientras hace un movimiento con la cabeza en dirección de Rey *Bro*.

Cuando nos toca irnos, Príncipe Azul se levanta y ayuda a cualquier persona que necesite alcanzar su equipaje de mano. Echa una sola mirada a la etiqueta de mi maleta, que tiene la forma de un zapato de tacón de aguja.

—Me imagino que esta es la tuya.

Me río.

—Tengo una obsesión con los zapatos.

Camino rumbo al pasillo, pero cuando volteo a ver dónde se encuentra mi nuevo amigo de la realeza, veo que se quedó justo donde lo dejé, ayudando a todo el mundo con sus maletas. Por una parte, es un detalle que me parece adorable pero por otra me pregunto qué tanto se le dificulta establecer límites en su vida cotidiana.

Una vez que llego al puente de abordaje, corro hacia un baño porque esa champaña está pidiendo salir.

Cuando salgo del baño, espero algunos minutos con la esperanza de verlo. Ni siquiera supe cómo se llamaba. Después de que me resigno a no encontrarlo, camino hasta el área de recolección de equipaje, donde una hilera de choferes uniformados está esperando con iPads en los que pueden leerse los apellidos de los pasajeros.

Un hombre blanco, alto y calvo, con traje negro y lentes oscuros, está esperándome con un letrero que dice «Tremaine».

Camino hasta él antes de que se percate de mí.

—¿Tremaine?

—Ah, sí. ¿Señorita Tremaine?

—Woods, de hecho, pero puedes llamarme Cindy —le respondo—. ¿Y tú eres?

—Bruce Anthony Colombo, Tercero, pero puede llamarme Bruce.

—Un gusto en conocerte, Bruce. ¿Eres nuevo en el equipo de Erica?

—No diría que soy nuevo, pero sí acabo de volverme exclusivo.

El éxito de Erica se ha disparado en los últimos cuatro años, de modo que no debería sorprenderme que ahora tenga un chofer privado.

—Traigo un carrito para su equipaje —dice Bruce mientras señala la banda de equipaje—. ¿Vamos?

Sonríó algo avergonzada.

—Eeeh, es posible que necesites dos de esos.

Nos quedamos allí parados una eternidad. (Consejo para cualquiera que viaje al aeropuerto de Los Ángeles por primera vez: Nunca, repito, nunca documentes tu equipaje. Por desgracia, no tuve alternativa).

—¿Atrapada en el infierno del área de recolección de equipaje?

Volteo y veo a Príncipe Azul, con la ropa un poco arrugada por el largo viaje y con el cabello algo desaliñado de tanto pasarse los dedos.

—¿Tú también?

Señala su maletín de mano.

—No, solo estoy aquí para verme con mi chofer.

—Disculpe, señorita Cindy —dice Bruce—, pero parece que una de sus maletas sufrió algún tipo de daño durante el viaje. Al parecer, la trataron de reparar con cinta y creo que quizá tengamos que hablar con la aerolínea. Todas son iguales. Ni siquiera pueden transportar una triste maleta a donde debe de llegar sin maltratarla.

Me lleva. Espero no haber perdido alguno de mis zapatos. No hay nada peor que un zapato sin su pareja.

—Está bien, gracias. Voy enseguida.

Príncipe Azul emite una risita.

—De modo que te llamas Cindy.

—Quería presentarme —le digo.

—Bueno, yo soy Henry —responde.

Bruce carraspea.

—Parece que otra de las maletas...

—Suen a que deberías hacerte cargo de eso —apunta Henry. Asiento.

—Sí, bueno, encantada de conocerte, Prín... Henry. Gracias por salvarme de la lava y del peor compañero de asiento del universo.

Él también inclina la cabeza brevemente.

—Y no se te olvide el servicio de localización de zapatos perdidos.

—¡Jamás! —exclamo por encima del hombro mientras sigo a Bruce al mostrador de servicio al cliente.